

Motivos del Romancero

MORAIMA

Morena, morenita de color.

Carita de niña y ojos de pena. Pocos años vividos pero espi-
gados en belleza. Blanca era en su inocencia como el rayo de
luna que teje encajes sutiles en las hojas desgarradas de los da-
tileros. Cada mañana se encaminaba hacia la plaza dejando tras
de sí un aroma fresco de manzanas. Bonita, bonita estaba al
pasar envuelta en el manto claro que daba sombra de misterio
a los ojos que se bajaban tímidos cuando escuchaba el eco de
unos pasos que seguían los suyos... Repiqueteaban sus chapines
árabes en las losas pulidas y en las piedras lavadas de la calleja
por donde pasaba tempranero el borriquillo del aguador, ador-
nados de arrayán el testuz ceniciento y las bridas.

Las amplias vestiduras se ceñían cariciosas al talle de la mora,
pregonando con la complicidad del viento callejero, mil prome-
sas veladas. ¿Quién no elogiaba su andar, su mirada negra?...

Decía un viejo :

—Si Abduhrramán la viera, Moraima le roba los versos gen-
tiles a la palma de Ruzafa...

Venenos suavísimos corrían por el aire andaluz de ese mayo.
Deleitoso perfume de claveles y limoneros en flor... Y quiso el
diablo — para mal del Profeta — que unos ojos cristianos la mi-
raran provocativos y audaces. La gacela huyó estremecida.

Pero un amanecer, envuelta en los acentos gratos del engaño, oyó tras de su puerta cerrada — bien dichas en algarabía — unas palabras que pedían protección...

La morita abrió misericordiosa... El galán quejoso era el cristiano.

Desde entonces se oye, plañidera, la voz con lágrimas :

Yo me era mora Moraima,
morilla de un bel catar:
cristiano vino a mi puerta,
cuitada, por me engañar...

LA INFANTINA

Risas, risas de gozo ; risas de campanilla fiestera de domingo de Ramos.

Muy alto pasa, volando, una torcaz. Tras ella, un azor ensangrentado, certero como un dardo.

El terror vela el mirar inocente ; las manos pequeñitas se elevan en ademán de imposible defensa. Torna a poco la rapaz derrotada, sola. Hay un batir de alas en la copa del roble ; un arrullo blando...

La Infantina es curiosa. (¿ Se besan las palomas ?)

Un momento ha pasado y ya suena entre las altas ramas su reír de plata.

Lejos, muy lejos, ve las torres del reino.

Dice el viento a la hija de reyes :

— ¿ Cómo tan sola en despoblado, señora la infanta ?

La voz delgada cuenta entonces el hechizo de las hadas.

— Por siete años me condenaron... Ya se cumplen... hoy... mañana...

Y el viento jugando, volando se va.

La niña se aduerme...

Armas y plumas. Jadear de mastines. Bizarria en el porte del cazador. Como el viento, jugando, se oye la súplica :

— ¡Llévame, caballero!

Mas, es torpe el galán y no la atiende. Cuando regresa arrepentido — alta ya la luna — ve un rebrillar de lanzas, un ondear de pendones y divisas, oye una música triunfal. Nobles y soldados llevan a la infantina a palacio.

Y burlona, burlona tintinea una risa de plata.

La risa de la desdeñada, fiestera como el son de las campanillas del domingo de Ramos...

ALBORADA

Brisa leve. Fragancias de heno recién cortado. En la nube pálida de los albaricoqueros, la mancha de sombra de los torcos. Una algarabía de pájaros locos en los castaños del camino...

La mañana resucita. Solo reposan el agua mansa en las represas y las aspas chirriadoras de los molinos. El último vestigio de sueño juega a no irse en los ojos buenos de las vacas.

Pasan las parejas que se encaminan hacia la ermita seguidas del grupo familiar. Una vieja, dos arrapiezos que suenan las matracas, un perro escuálido.

Dolores sale también con los suyos y a poco andar encuentran a Antón que espera. Guapa es la moza y a él no le falta cierta arrogancia. Está un poco paliducho a fuerza de no dormir por componer romances para la novia. La llama Lindaraja y Celinda; sueña con un palacio en un jardín umbroso, lleno de fuentes en cuyo tazón se desvanescan las estrellas... Sonríe la chica, pero cuando dice que él es un Gazul valeroso, al imaginarlo vestido con el jaique moruno luciendo aquella narizota, la carcajada espontánea, irreprimible, hiere en pleno rostro al feísimo galán. El abuelo que trabajosamente los sigue, adivinando lo que pasa, le grita:

— ¡Ay! Antón de los romances! Tendremos que darte el mote...

Luego, con aquella sana cordura de las gentes sencillas, la buenamoza señala el molino de Antón aherrumbrado casi de no

trabajar. En verdad, el muchachote no había caído en la cuenta. Un yantar de romances, por más moriscos que sean, es bien triste yantar. Y por milésima vez promete:

— Ya verás... Molerá mi molino el grano de toda la comarca. La harina blanca se hará de oro. Y tan fina y suave será que la misma reina, por gusto, bajará a tomar puñados...

Hay risas y gritos. Lentamente suben todos la escalera musgosa de la ermita.

Pero Dolores está de zumba aquella mañana. No ha dejado ante el altarcito de manteles limpiísimos y primorosos la ofrenda pícara de sus burlas. Un rato después, desde el corro de mozas, una copla suya hace enrojecer las orejas de Antoñito el holgazán.

Alborada de mayo. Pasa, río arriba, una barca.

¿Será, por ventura, Arnaldos?...

ESCARAMUZA

Cide Yahya es un moro caballero. Por un rasgo de su gentileza los reales ojos de Isabel — custodiada por la cortesanía de un marqués — pueden contemplar los muros de Baza. Porque pueda mirarlos a su sabor ha suspendido la lucha. El séquito de hermosuras de la reina católica observa curiosamente las azoteas y tejados donde aparecen los no menos curiosos rostros de las infieles y los alquiceles blancos de los adolescentes. Una buñolera cautiva en el campo cristiano ha salido en esta hora de tregua para renovar la pena de ver los suyos a la distancia y se ha colocado humildemente entre las últimas damas.

Cide Yahya desde un alto lugar mira el nutrido grupo de mujeres que adivina más bello que las noches del desierto y lo abarca en una ancha mirada codiciosa. ¿Qué hacer por agradar a tan bonitos ojos?

Y de pronto decide. Largas filas de guerreros salen de la ciudad, bien armados y altivos. Ondeán las enseñas en una gran fiesta de color, en el aire dorado por el sol. Los potros blancos

y brunos caracolean; los gritos de la algarada resuenan como estampidos. Encantados, subyugados por la destreza y la elegancia de los movimientos, reina y séquito miran con asombro lleno de entusiasmo. Un último escarceo y los árabes saludan...

Raudos como una gran nube de colores entran nuevamente por las puertas de Baza.

Al volverse la Reina clemente, encuentra la mirada dolorosa de la cautiva y en gracia a la cortesía del caudillo ordena a sus soldados que le dejen franco el paso. Y todos vuelven a mirar ansiosos hasta que ven desaparecer la orla roja del manto de la buñolera en la sombra de la ciudad enemiga.

ISABEL ALONSO DEYRA.